

Tomo I      México, D. F., 10. de mayo de 1939      Número 1

---

## EDITORIAL

**C**ARGADO de portento es el fenómeno que durante estos diez últimos años se ha producido en la atmósfera cultural de América: este lento despertar de la conciencia a la realidad de su unidad espiritual. Mientras mejor van logrando las diversas nacionalidades acentuar los rasgos de sus características diferencias, más al descubierto queda el asiento común sobre el cual ellas descansan.

Es una fuerza interior, a modo de marea, que genera ideas, o interpretaciones, o acontecimientos. No se organizan conferencias panamericanas para exaltar la marea. Antes por el contrario, ellas son plenitudes sintomáticas que acusan la presencia de un continental destino; sufren, no engendran el influjo. Sentimos que algo grande nos hace falta.

Los hombres que nos reunimos en el Primer Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana experimentamos, quien más quien menos, la necesidad de encaminarnos a la fraternidad por la cultura, y resolvimos la creación de un permanente Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana con propósitos definidos, si

bien flexibles para permitir la adaptación a la experiencia propia y a la cooperación externa.

Este Instituto se propone coordinar y revelar el sentido de la obra literaria de América mediante la elaboración del conjunto de la historia de las ideas que han prevalecido en el Continente y a que se ha dado expresión en la obra literaria y en las otras varias formas de la cultura de nuestros países. De suerte que las desperdigadas labores de nuestros hombres de letras integren un todo preñado de fuerza y de significancia. Señalando las lagunas podrá sugerir la obra por hacer: bio-bibliografías, estudio de las bibliotecas particulares, monografías de las tertulias o de las agrupaciones de escritores de una misma generación, ediciones de obras dignas de sobrevivir, y mucho más que con el correr de los días y el vuelo de los ingenios se descubra como empeño apropiado a las actividades del Instituto. El cual está formado por los catedráticos de Literatura Iberoamericana, así en los Estados Unidos, donde hay más de cien de ellos, como en la América Hispana, en donde, además buscamos la colaboración de los escritores y el apoyo de quienes aman estas cosas del espíritu en América.

La creación de este Instituto comporta onerosa responsabilidad, más grave aún que grande el honor de inaugurar sus actividades. Pero los hombres a quienes ella se confió, por su labor pasada y reciente, dan garantía de un bien logrado comienzo al menos. Ellos no han jurado pleitesía a escuela o agrupación alguna. Les ha asociado una comunidad de visión, un grande amor por las Letras de América, una misma aspiración de independencia intelectual y una misma elevada comprensión de cuanto implica la unidad espiritual de todas nuestras nacionalidades.

Es órgano del Instituto esta *REVISTA IBEROAMERICANA* en cuyas páginas se tratará de registrar, reseñar y juzgar, en la medida en que los autores nos lo permitan, la obra literaria que con tanta hermosura se va

desenvolviendo en las naciones de Iberoamérica.

Sea, pues, para los escritores y profesores y para la Prensa de todos nuestros países el primer saludo, el más cordial, de la *REVISTA IBEROAMERICANA*.

Una vez que el Primer Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana eligió a los hombres que debían tener a su cargo la dirección de la *REVISTA IBEROAMERICANA*, ellos, de acuerdo con el propósito que la creaba, resolvieron dividir el trabajo de conformidad con el menester de la Revista y con sus gustos y tendencias, aunque ha prevalecido la necesidad de una distribución geográfica — si bien no es todavía de carácter permanente — a fin de que los escritores de América sepan que para reseñar sus obras hay un encargado entre los miembros de la Dirección. Encargado especial; pero no exclusivo.

En esa distribución corresponden al señor Brenes Me-sén las Antillas y Centro América; al señor García-Prada, Colombia, Ecuador y Venezuela; al señor Leavitt, los Estados Unidos y el Perú; al señor Monterde, México; al señor Torres-Rioseco, Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y el Uruguay.

No implica este arreglo, en modo alguno, que los autores no queden en la más perfecta libertad para remitir sus obras a cualquiera otro de los directores con quien mantenga relaciones personales o literarias. Significa tan sólo que cuando el autor no conozca a ninguno de ellos, puede sentirse confiado de que hay en el grupo una persona encargada de reseñar su libro, por el mero hecho de venir de su país.

Es un avance de amistad y de correspondencia; no una restricción de su voluntad.

## LEOPOLDO LUGONES

Fortaleza de bronce que en la altura se deshace en fuerza y són es este nombre de Leopoldo Lugones.

Por espacio de cuarenta años se ha estado mirando, desde todos los sitios, en la extensión de América, el esplendor armonioso de su talento, abrigado por el arte y ennoblecido por la realeza todopotente de su saber. Desde que se le vió escalando el cielo de los grandes de Argentina, cerniéndose, más que ascendiendo por aquella prodigiosa gradería de *Las montañas del oro*, Lugones no ha cesado de ser la gloriosa enseña de Almirante de las letras de América.

En 1897 vimos por primera vez su nombre. Una revista chilena había reproducido *Metempsychosis*. Inquiriendo acerca de él, se nos dió a conocer sus artículos de combate. Se nos llenó el alma de orgullo. Aparecía el Hugo de América. Y así como descubríamos en estos nombres, Hugo y Lugones, una rima interna, así nos pareció descubrir entre el Hugo de los artículos contra la pena de muerte y el Lugones socialista de *Misal rojo*, una rima de actitud y pensamiento que nos llenó de admiración por el argentino.

Pocos meses después, junto con sus *Prosas profanas*, nos remitió Rubén Darío, desde Buenos Aires, un

ejemplar de *Las montañas del oro*, con dedicatoria de Lugones. Desde esa hora seguimos los esfuerzos de su labor tan cuidadosamente como la distancia nos los permitía. Cada libro suyo era una fiesta de la inteligencia. Y nos fuimos dando cuenta de que en torno suyo se iluminaba el estilo de los nuevos escritores de los comienzos del siglo XX.

Sus estudios homéricos, fueron gratísima sorpresa para nosotros. Lugones descubre a Homero, porque se encuentra a sí mismo en él. Ama de la Grecia la gracia y la limpia fortitud de la forma precisa y ondulante de Homero. En este rapsoda desentraña lo que de épico existe en su propia alma: ese acento que su juventud reconoció en el Hugo de *La leyenda de los siglos*. Traduce a Homero en forma que sugiera aquella antigüedad heroica; más aquí continúa repercutiendo aquel ¡han! con que se inician *Las montañas del oro*. Es la identidad del timbre espiritual del hombre en dos horas distintas de su vida. Y, por extraño que parezca, el mundo de Martín Fierro, le ilumina la realidad del mundo homérico, que precedió al propiamente helénico. El facón del gaucho es la espada del adalid ante los muros de Troya. Se familiariza con la espada. Su gusto por la esgrima es reminiscencia clásica. Y él sabe que si la justicia alza en su mano izquierda la balanza, con su derecha empuña la espada. Y pues que las democracias no han sabido ni querido establecer una paz de justicia y de derecho humanizado, puede que haya llegado la "hora de la espada".

Si a Lugones se le hubiese menguado la libertad para pensar y para decir, habría luchado por ella con todo el ardiente entusiasmo de su mocedad. Pero no ven, quienes ven en su actitud de la "hora de la espada" un retroceso ideológico.

Para el Lugones de los primeros 35 años el socialismo debería aportar un mejoramiento de las condiciones de vida del hombre, debía eliminar las piramidales desigualdades de nuestros grupos sociales. La espada de la

hora intenta producir aquella eliminación.

¿Quién, que no mire las apariencias tan sólo, no descubre el casi perfecto paralelismo entre las formas totalitarias de gobierno de Rusia, y de Alemania y de Italia?

Para que la democracia sea cosa viva requiérese la transformación de los hombres, para alcanzar la cual sólo hay dos vías: la educación por la razón y el amor y la educación por la espada. Lugones, por largo tiempo, transitó por la vía de la razón. Llegó un momento en que compelido por la prisa de obtener la transformación, entrevió la "hora de la espada". Más la suya se forjó con el mismo acero de la espada de la justicia. Desde el instante en que su inteligencia viró hacia ese otro lado de la justicia se intentó cercar de silencio aquella fortaleza de bronce. Inútilmente. Porque a la distancia continuábamos mirándola envuelta en su musical fulgor de los mejores días, sabíamos que estaba asentada en el rico subsuelo de la Argentina; y que se había construido para la duración, como la otra, como la de Sarmiento.

Y lo que no esperábamos, sobrevino. Y él mismo, arrebatando los remos de Caronte, sentóse en su barca hacia las aguas infinitas del misterio que tanto amó y en cuyas costas más de una vez reclinóse a contemplarlo, tratando de sumergirse en él para comprenderlo.

En esa carrera de antorchas de la Argentina Sarmiento pasa la suya a Lugones; ¿dónde estará ahora el brazo feliz que recoja la de éste para continuar iluminando el Continente?

*Esta Revista Iberoamericana se asocia reverente al dolor asombrado de la Argentina.*

R. B. M.

Noviembre, 1938.

## ALFONSINA STORNI

Tomó la madrugada por los hombros y se abalanzó al mar con ella. La recogió y la arropó el silencio en la playa. A la tierra la devolvía santamente el mar. La tierra le había devorado la frescura de su primera juventud.

Se le había despuntado la aguja con que hilvanaba el encanto del vivir a la esperanza del encuentro de un hombre digno de ser amado.

Ella creyó haber dicho ya sus últimas palabras, cuando confió a la noche del 23 de octubre las páginas en blanco de su vida, sobre las cuales se negó a escribir otra respuesta a su destino. En su poema *Dejadme Morar* ella repite: "Mis palabras están todas dichas..." "Palabras y cosas, ya sois para otros..."

A lo largo de su último libro, *Mundo de siete pozos*, brota como una voz otoñal que parece decir: la fuente de mis días está exhausta; toda mi vida está ya vivida. Todavía sueña, pero esos sueños tienen en suspensión los gránulos de arcilla de los sueños que pasaron finalmente por el polvo de la tierra.

Hay en este libro un dejo de fatiga, un leve sabor amargo de vida sin disfrute, de reseca uva que no llega a ser pasa.

En el poema que llama *Uno*, nos atreveríamos a pensar que está a punto de descubrir respuesta a su perenne pregunta: ¿Será éste el hombre que esperaba? Parpadea la flámula de un sensual deseo. Mas nada ni nadie responde a su pregunta. En la barca de su desencanto la transitoriedad guarda en su equipaje todos estos ensueños inútiles.

Vivió su existencia en la íntima agitación de un drama que deshojó su primavera. En una carta suya, refiriéndose a sus contemporáneas, y a sí misma, escribe estas palabras: "Somos todas hijas del instinto femenino, ahogado durante largos siglos y flotante ahora en nuestros versos a través de modos anímicos personales.

"En Juana, como usted maravillosamente lo ha comprendido.

"En Gabriela, gimiendo por el hijo no obtenido, por la piedad al hombre, por el amor truncado que le devoró la juventud.

"En mí, comprendiendo este drama: Soy superior al término medio de los hombres que me rodean, y físicamente, como mujer, soy su esclava, su molde, su arcilla. No puedo amarlo libremente: hay demasiado orgullo en mí para someterme. Me faltan medios físicos para someterlo.

"El dolor de mi drama es en mí superior al deseo de cantar y voy por eso más, al canto puro.

"El pensamiento se enreda a mi instinto y lo ahoga, lo debilita, lo tritura".

Los años pusieron más grave acento a su drama interior.

En su poema *Crepúsculo*, la última estancia dice:

Paredes de agua  
me harán cortejo  
en la tarde  
resplandeciente.



Y en *Luna de marzo sobre el mar* se lee:

Sarmiento es mi cuerpo,  
pardo y seco  
clavado en la fría  
flor del mar  
cuyo fondo de hielo  
esmeralda  
desea.

Y, sin embargo, no se labró su tumba en los cristales del mar. Ella arrojó a las olas la enamorada muerta que llevaba consigo. Por muchos días, en nombre de la muerta adorada y compadecida, ella había ido agitando el pañuelo de su adiós a la vida.

La literatura de América le debe la revelación de una alma femenina frente a frente del varón. Le debe la visión de un mundo mirado al través de unos ojos y de un corazón orgullosamente femeninos.

R. B. M.

